

EL VOLUNTARIADO SOCIAL PROPIO DE UNA CULTURA ALTERNATIVA

Dr. D. Juan Francisco López Paz

Area temática: Voluntariado

Introducción

Por todos es conocido que siempre han existido personas que han prestado parte de su tiempo y de sus capacidades personales a otros individuos y a la comunidad, gratuita y desinteresadamente, de modo voluntario y solidario. Son los voluntarios, que actúan impulsados por motivaciones humanitarias, religiosas, socio-políticas o psicológicas. Es decir, en el marco de la participación, actuar voluntariamente, por decisión propia, en beneficio de los demás, y sin recibir nada a cambio es una de sus formas posibles. No obstante, caben múltiples maneras de participar como miembro de la sociedad civil desarrollando la comunidad, desde aquel que participa acompañando a jóvenes deportistas de su peña o club en sus desplazamientos, hasta el que coopera con su agrupación política-sindical, o aquel otro que participa en un programa de integración de parados de larga duración desarrollado por una institución determinada.

Cuando hablamos de voluntariado partimos siempre de decisiones que surgen del sujeto concreto, y nos planteamos al mismo tiempo qué mueve a los individuos a tomar semejantes decisiones de participar voluntariamente. Los diversos intereses, la motivación que mueve a los voluntarios será diferente según se trate de un simpatizante o afiliado a un partido político o sindicato, o de aquel otro que es amante del deporte, o de quien se mueve por motivaciones religiosas. Pero, ¿ qué sucede con aquellos que sin ser creyentes y al margen de afiliaciones políticas o intereses económicos o profesionales, prestan su tiempo y capacidades en beneficio de personas que necesitan determinados servicios y son atendidos por una organización o entidad sin ánimo de lucro mediante determinados programas sociales ? Entre las muchas razones que pueden mover a un sujeto, podemos contemplar el prestigio de la institución, la seriedad con que se trabaja, la necesidad de sentir que uno es útil a los demás al margen del trabajo con que se gana la vida, la búsqueda de relaciones humanas no mediatizadas por el rol profesional, más horizontales, o entre quienes se conceden el estatus de igualdad. A todo este conjunto de factores, que probablemente podrían explicar la existencia de los voluntarios en el sector institucional y que practica la acción social de carácter voluntario, le llamamos voluntariado como fenómeno sociológico (CALO, J., 1990).

El voluntariado social, si añadimos las actividades que realizan como personas físicas en una organización y en el marco de la acción social. Se trata de un fenómeno sociológico cuyo reto consiste en averiguar las causas sociales de su existencia, pero sin perder de vista el conjunto resultante global: la existencia de voluntarios, organizados institucionalmente y que actúan como tales en diversos sectores de la acción social de modo desinteresado, según planes y métodos.

Desde antaño, el ser humano ha manifestado un espíritu de ayuda hacia sus semejantes, atendiendo a pobres, ancianos, viudas, huérfanos, lisiados o indigentes. Se trata del conjunto de personas que se citan como beneficiarios históricos de la acción benéfica y voluntaria. Sin embargo, hoy asistimos a una visible explosión de amor por el voluntariado y las organizaciones voluntarias, especialmente el y las operantes en el campo social, cuando, al mismo tiempo, se registra un fenómeno de negación o, al menos, de preterición de la acción voluntaria, incluyendo la del objeto social (RENES, V., 1994).

Aunque la mayoría de los pensadores clásicos y dirigentes religiosos han apoyado tanto en la cultura griega como la judeocristiana y oriental la obligación de ser solidarios y ayudar a los desvalidos, dichas acciones pueden adquirir muy diversas formas. Por ello mismo hemos de saber distinguir el voluntariado como tal y la existencia de voluntarios de aquellas formas institucionales usadas o escogidas por ellos, así como del destino de la acción voluntaria.

Evolución del voluntariado social y sus valores

No deja de ser paradójico que, en la actualidad, aparezcan juntos responsabilidad civil e individualización compleja. Precisamente, la raíz del voluntariado reside en la propia conciencia individual, que es donde surge la decisión de actuar voluntariamente en beneficio de los demás sin obtener compensaciones estrictas de mercado.

La participación en asociaciones voluntarias y, por ende, la existencia de una sociedad civil arraigada y bien tratada formaban parte de las características de sociedades con un determinado nivel de desarrollo, de modernización y de cambio social. Las sociedades que cuentan con ese tejido social más denso serían aquellas en las que se da una alta industrialización y urbanización, una influencia más bien débil de las estructuras eclesiales y la familia, con tradiciones liberales asentadas y con una presencia del Estado más bien secundaria (ANDER-EGG, E, 1988).

España ha formado parte más bien del grupo de sociedades con más problemas de desarrollo, menos secularizadas y con un papel de la mujer y del entorno familiar mucho más tradicional.

A ese conjunto de factores debemos añadir la absoluta falta de libertades individuales, políticas y civiles bajo una dictadura que anuló toda la vida pública, alejando así las preocupaciones colectivas de unos ciudadanos a los que se pedía que se dedicaran a los suyos, el resultado no podía ser otro que apatía, desinterés y desconfianza social, que en nada invitan a la cooperación o al simple intercambio e intercomunicación personal (CAMPO, S., 1993).

En cualquier caso, vamos a centrarnos en el desarrollo, evolución del voluntariado social a lo largo de las últimas cuatro décadas.

En la década de los años sesenta existía un voluntariado vinculado mayoritariamente a las instituciones de la Iglesia, pero ajeno a las reivindicaciones políticas que se gestaban en los primeros movimientos sociales en España. La debilidad de las

coberturas sociales y la falta de libertad asociativa no permitían hablar de voluntariado organizado, tal y como hoy lo entendemos. Existía, en cambio, cierta contestación al Estado por parte de los movimientos sociales, que iba cobrando mayor protagonismo y que dejaba a un lado el asociacionismo voluntario tradicional.

Si la contestación y reivindicaciones frente al Estado se produce a finales de los sesenta, en torno a 1975 confluyen una mayor conciencia del derecho a la participación política-social y una más que evidente crisis del Estado del bienestar, que en España cobra particulares características al tener que arbitrar un restablecimiento de la democracia, que, previa a la participación de la sociedad civil, exige la participación política en el sentido estricto. Por ello mismo, el voluntariado se hará presente algo más tarde en nuestro país, cuando, asentada la democracia y pulsados los grandes problemas, se contempla con sumo interés no sólo su aportación, sino también la necesidad de que la misma sociedad se incorpore, por la iniciativa social, a los déficits del Estado del Bienestar, incluido el que se ha desarrollado en España. Es decir, que ha tenido lugar un proceso en el que la participación político-social tiene una prioridad (LINZ, J., 1970).

La cultura del voluntariado acabando la década de los setenta y en los inicios de los años 80 es la cultura de la participación vecinal, de la ciudadanía y del desarrollo de las asociaciones. Se produce en nuestro país, en torno a los años 80, cuando el Estado de Bienestar en los países de la Europa desarrollada está haciendo agua, mientras España trata de sobreponerse al retraso acumulado. Con los nuevos ayuntamientos democráticos perderá fuerza el conjunto de ciudadanos participantes en las asociaciones de vecinos, juveniles, etc. frente a los nuevos servicios de los

entes locales. No existía la imperiosa necesidad de recurrir al voluntariado porque se confiaba en la capacidad de los entes públicos para satisfacer la demanda de necesidades de los ciudadanos, y porque tampoco se tenía conciencia clara de lo que había supuesto el voluntariado organizado antes de la instauración de la democracia. Ahora bien, se comenzaba a asistir al surgimiento de una gran diversidad de entidades que persiguen conquistas concretas en el ámbito del bienestar social. Incluso ensayan con la Administración fórmulas de prestación de servicios a la comunidad de modo institucional y profesional. Se puede deducir, entonces, que no existía interés institucional porque participara el tejido social organizado. La confianza era institucional y sólo de modo residual era considerada la participación comunitaria.

Así, lo que desde la dictadura se veía como una garantía más de su supervivencia, entroncaba con tendencias y experiencias más de fondo de la sociedad española y conducía a una cultura política que a principios de los años ochenta se caracterizó como clientelar, particularista, intolerante e insolidaria.

Por otra parte, es importante adentrarnos en otro de los aspectos que tradicionalmente se han considerado como un requisito previo para la formación de asociaciones y entramado social autónomo: la confianza interpersonal. En ausencia de vínculos de confianza, de compromiso mutuo, de pautas de reciprocidad, todo individuo tiene fuertes incentivos para ir por libre, para desertar, para eludir su compromiso en la acción colectiva. Las sociedades que cuentan con tradiciones que incentivan la reciprocidad y que poseen mecanismos de comunicación interpersonal y compromiso cívico dispondrían de un capital social que las situaría en mejores condiciones para afrontar situaciones como las actuales, en las que coinciden

enquistamiento de problemas con crisis de los mecanismos tradicionales de representación y con procesos de deslegitimación de la autoridad. Y esas redes se materializan en la participación de asociaciones voluntarias de todo tipo, en las que a los individuos, unidos por lazos débiles (para diferenciarlos de los lazos fuertes característicos de los lazos familiares), se les habilita para poder traspasar todas las posibles fracturas de la estructura social, contribuyendo así a la cohesión social mediante la difusión de la confianza interpersonal (CASADO, D., 1991).

Nuestro país se caracteriza más por la persistencia de los lazos fuertes que por la difusión de los lazos débiles, lo que explica la falta de cooperación social más allá del ámbito laboral, de calle o de barrio, al ser difícil para la gente confiar en aquellos a quienes no conoce o de quienes no tiene referencias directas. A partir de ahí, el salto hacia la preocupación por problemas colectivos se hace muy difícil, tendiéndose a delegar (a desresponsabilizarse) en esos temas a una esfera institucional en la que tampoco se confía y de la que tampoco se espera (BERNARDO, F., 1984).

A mediados de los ochenta va quedando superada la clásica confrontación entre lo público y lo privado, entre el desinterés y la profesionalidad, entre lo asistencial y lo promocional, entre la élite y lo popular. Sin embargo, existe una tendencia a homologar voluntario y joven, voluntariado joven y cultura de la gratuidad; no obstante, se sale ya al paso de un progreso hacia las motivaciones diversas entre quienes practican el voluntariado. Al mismo tiempo, se aboga por valores culturales alternativos como la cooperación solidaria, la creatividad, la participación y el protagonismo de la persona. Se crea la plataforma para la Promoción del Voluntariado en España como expresión, entre otras cosas, de una conciencia social que tiene por objetivo promocionarlo y buscar formas de entendimiento con la Administración.

Lo cierto es que el nuevo contexto exige un reajuste de las entidades de voluntariado. Es evidente que complementan al Estado y que se buscan nuevas formas de relación con el mismo: concreción, convenio, acuerdo. A partir de aquí es cuando las entidades de voluntariado irán desarrollando un camino que, por la propia dinámica que genera la relación con el Estado, podrá ser interpretado como de dependencia, ocasionalismo, compromiso, denuncia, etc (RODRÍGUEZ, G. & MONTSERRAT, J., 1996).

En torno a los años 90 existe una conciencia social más clara de lo que significa el voluntariado organizado. También aumenta el número de las entidades de voluntariado en cantidad y diversidad. Al mismo tiempo, se habla más de concertación porque la concertación supone ciertas concesiones por parte del Estado, pero tiene una contrapartida clara: la movilización de apoyo voluntario, puesto que la corporación ha de renunciar expresamente a utilizar su potencial de obstrucción, potencial en base al cual se cuenta con ella y no con otra. Es en el ámbito de las organizaciones sin ánimo de lucro donde se puede reproducir la cultura empresarial, con la particularidad de que el cordón umbilical que las mantiene son las subvenciones.

Esta cultura de los años 90 puede interpretarse como la única alternativa a los problemas propios de la crisis del Estado de Bienestar. Es más, hasta puede pensarse que, en el fondo, los desajustes reflejan la insolidaridad del ser humano. En consecuencia, el voluntariado como antídoto, ha de ser de total gratuidad y falta de egoísmo. Dejando en suspenso tan respetable hipótesis, podemos observar, junto a los intereses estrictos de mercado, intereses humanos que cuentan con el otro,

gradación de la solidaridad, solidaridad calculada, escalonamiento de los móviles humanos, que pueden dar como resultado múltiples formas de voluntariado. No es, por tanto, condición inexcusable del voluntariado social la total gratuidad. Es más la combinación de la participación y del interés solidario lo que atraviesa a las comunidades, mercados e instituciones del Estado. Contar con el otro, reconocerlo, es dinamizar un intercambio que puede ser solidario, porque nos identificamos como iguales desde la colaboración. Cuesta creer en la cultura estricta de la gratuidad cuando la reestructuración del mundo laboral y del propio mercado han producido y, siguen produciendo, escalonamientos socio-laborales que alcanzan la marginación.

Pasada la fase estética, postmoderna, del voluntariado, ahora parece iniciarse una nueva fase que se guía más por los deseos individuales, por los intereses subjetivos, aunque se cuente con el otro. El entusiasmo estético ha devenido para progresar individualizado y autónomo entre el voluntariado. En línea con semejante cambio, las transformaciones del voluntariado pueden ser de perfiles locales e individuales. Es la cultura posible del voluntariado en la década de los noventa una cultura de la solidaridad que es consciente de la complejidad de los problemas y que trata de humanizar los intereses y los deseos humanos que recorren nuestro mundo próximo y aquel otro más alejado (ALBERICH, T., 1990).

La creciente flexibilidad cultural, la mayor tolerancia y la búsqueda continua de alternativas no se inclinan por acentuar la diferencia de una ortodoxia del voluntariado. Se contemplará como una alternativa más; y el tamiz de la praxis social se encargará de situarla en su puesto temporal sin entrar en competencias medievales. La ortodoxia del voluntariado se diversificará, en todo caso, en función de las

posibilidades de participación que tenga el ciudadano, posibilidades que pueden llegar a conjugar tiempo libre, posición social, creencias, valores, experiencias personales, etc.

En estos años noventa parece haberse añadido a ese modelo de sociabilidad, limitada básicamente a los estrechos lazos familiares y de amistad, un nuevo sentimiento de solidaridad para con los otros, los que no integran el círculo inmediato de las relaciones personales, que representa una forma de intervención en el espacio público poco habitual en el país, y que estaría dando lugar a procesos de participación asociativa, constatables sobre todo entre los jóvenes. Así, solidaridad, preocupación por problemas sociales o disponibilidad para trabajar como voluntario son características que influyen cada vez más entre los jóvenes españoles. Esas nuevas tendencias expresan una creciente aceptación de los movimientos sociales, sobre todo aquellos más vinculados a la defensa de derechos individuales o colectivos.

Evidentemente, éste no es un fenómeno que pueda aún generalizarse a todo el país por igual, y que tampoco tiene expresiones homogéneas en los distintos sectores de intervención social.

En la actualidad, comenzando el año 2000 y habiendo variado notablemente las condiciones sociales, el voluntariado se puede plantear perfectamente como un modo, entre otros, de entender la convivencia, una manera de ser y de vivir, el derecho a la participación social, un modo de profundizar en la democracia participativa, de enarbolar la última bandera de la disidencia, o desempeñar, por contra, meras funciones puntuales. Se trata de crear o fomentar infraestructuras sociales que

posibiliten el voluntariado organizado y cualquier otra forma de hacerlo profundizando, al mismo tiempo, en la democracia. No por ello el voluntariado ha de perder su derecho a la diferencia y a defender su espacio de disidencia, a que se valore, a pesar de su gratuidad, su aportación en base a la solidaridad; es decir, su papel, su función de creador de redes relacionales, de redes de solidaridad.

Lo cierto es que hoy día comienza a tomarse conciencia de la necesidad de que exista, se desarrolle y se apoye al voluntariado y al voluntariado social. Al mismo tiempo, se comenta la idea de la complementariedad del voluntariado (ni subsidiariedad, ni suplencia), ello no implica que se le entienda como desvinculado del conjunto de acciones profesionales que trabajan sobre el total relacionado de los problemas sociales tales como empleo o pobreza, que se incardinan de un modo especial en las comunidades (CARTES, L., HERNAN, M. & LÓPEZ, O, 1998).

Los discursos sobre el apoyo a la comunidad y sobre el desarrollo de la creatividad y participación comunitaria son coincidentes, además del propio discurso sobre el voluntariado. En otras palabras, coincidencia de discursos para que, en definitiva, sea la propia comunidad quien se procure la satisfacción de sus propias necesidades, pudiendo optar por el mercado si se dispone de medios económicos para ello.

El perfil que adquiere el voluntariado es expresado también por el voluntariado social como un modo propio de llevarse a cabo en la comunidad en la que se encuentra actuando, de acuerdo con un plan y no de modo individualizado. En la comunidad, el voluntariado mismo es participación y expresión inequívoca de comunidad. Es así

porque en la comunidad se profundiza en la igualdad, al superar ésta los derechos individuales en aras de las redes y proyectos locales comunes que nos identifican.

La fragmentación del voluntariado y del voluntariado social puede ir asociándose a colectivos o sectores sociales que reúnen determinadas condiciones, y que son susceptibles de autoorganizarse colectivamente para solucionar sus problemas. La propia participación del voluntariado como modo alternativo de entender la vida puede estar adquiriendo entre las personas mayores la suficiente relevancia como para estar atentos a la evolución. Una cultura alternativa que modifica pautas de comportamiento pasivas por otras más activas y solidarias que aumentan la calidad de vida (por ejemplo, la jubilación).

La cultura del voluntariado parece apuntar a remover los obstáculos del contexto en el que vive cualquiera de las personas a que nos hemos referido, porque es a partir de dicha cultura de donde surgen modos nuevos de afrontar y solucionar los problemas; se van creando, en definitiva, nuevos hábitos culturales. El protagonista es siempre el sujeto, el cual asumiendo la situación (pérdida de movilidad, dependencia, proximidad del final, rechazo, exclusión, ...), activa al máximo las posibilidades de que dispone mientras otros voluntariamente le acompañan y facilitan su propio esfuerzo personal (RENES, V., ALFARO, E. & RICCIARDELLI, O., 1994).

Se trata de una nueva cultura que ensalza el esfuerzo personal y comunitario, los proyectos, el entusiasmo por la vida y, en definitiva, la defensa de la dignidad humana aun en los casos más críticos: es la cultura del desarrollo de los ciudadanos.

La cultura del voluntariado provoca, insta, remueve, ayuda, acompaña, pero nunca puede convertirse en un problema que impida que sea el protagonista del propio proceso quien decide iniciarlo y resolverlo.

La propia diversidad del voluntariado, de sus motivaciones, produce una heterogeneidad cultural (espacio interactivo y complejo), además de los propios ámbitos en los que se ejerce. La heterogeneidad de los voluntarios, exige una coordinación en los métodos y en los procesos que se siguen, de tal manera que se rebasen o superen las diferencias personales de motivación que les impulsaban a trabajar como voluntarios. En otras palabras, el voluntariado representa toda una demostración de solidaridad, de conciencia comunitaria y de responsabilidad ciudadana como pocas, que está exigiendo entendimiento, seguridad, bienestar, formación y competencia, actuación sobre la raíz de los problemas, colaboración con respeto a la autonomía, denuncia pacífica de todo sistema económico-político no democrático e intervención con proyectos para romper los circuitos de la marginación (CASADO, D., 1994)..

Viejos y nuevos valores del voluntariado

Los viejos o clásicos valores del voluntariado social se fundamentan básicamente en la religión, y en la caridad cristiana más exactamente. Los nuevos, si entendemos por tales los que se les atribuyen a los voluntarios y a las organizaciones de voluntariado social, están más relacionados con la solidaridad, con los intercambios no lucrativos, la participación, la responsabilidad ciudadana, la justicia, etc.

A nadie le pasa por alto que la gran mayoría de los que acuden a los Servicios Sociales son personas con notables carencias y de bajo estatus social; si, además, pensamos en la deshumanización y masificación del conjunto de los servicios públicos, podemos concluir, con la lógica irreflexiva al uso, que no merece la pena esmerarse en la prestación de los mismos. Sin embargo, son la espontaneidad, la creatividad, la iniciativa, la sensibilidad, la flexibilidad, la prevención y la agilidad, características que vinculan al voluntariado social que actúa precisamente con los más desfavorecidos. En tal caso, podemos augurar un claro progreso del voluntariado social y de sus actuaciones en materia de acción social. esto es así porque los cambios sociales presionan y el voluntariado social habrá de elegir aquellas estrategias posibles que reduzcan la fragilidad y la vulnerabilidad de los mundos vitales: reinstaurar la convivencia, la participación, la solidaridad en ámbitos sociales en los que es necesario avanzar en esa línea para no verse desplazados por intereses convencionales (TEZANOS, J., MONTERO, J. & DIAZ, J., 1996).

En la actualidad actuamos en función de muchas variables. Una de ellas es el tiempo, y el tiempo parcial es, precisamente una de las características que definen al voluntariado social de nuestros días. No hablemos hoy de una manera de ser, identificada por la diferencia de entregarse totalmente a los demás, porque es de sobra conocida y no parece adecuarse del todo a las exigencias del voluntariado social de nuestros días.

Entre los componentes, valores actuales, con que parece perfilarse el voluntariado ha cobrado especial relevancia la responsabilidad política y social como ciudadanos, sin olvidar la libertad del voluntario.

La gratuidad, a la que hemos hecho referencia, y la libertad con que decide actuar el voluntario son dos características emblemáticas y definitorias del mismo. Constituyen la esencia del voluntariado de nuestros días.

El compromiso frente a una solidaridad puntual es un valor del voluntariado de nuestros días.

La versatilidad y porosidad que confiere a la comunidad convierten al voluntariado en vigía y termómetro previsor de modificaciones sociales graduales.

La donación, concesión o fabricación de un espacio social y categoría ética nuevos para los más desfavorecidos es el precipitado más valioso para el voluntariado social.

La axiología social, los valores sociales en alza, son capaces de combinarse. egoísmo y altruismo, individualismo y comunitarismo, satisfacción por lo que hacemos y preocupación por ayudar a los demás, mantenimiento del tono de actividad vital y disminución del estrés propio de la actividad laboral... Sin embargo, ¿ qué sucede: que el ser humano reparte las mil caras de su personalidad en la vida laboral, social, familiar, política, lúdico-deportiva y de voluntariado ? Diríamos que lo que hace es desarrollar su personalidad, sus metas, ... allí donde le ofrecen oportunidades: en las entidades de voluntariado, por ejemplo.

No hay que olvidar que los datos empíricos nos muestran en Europa a un voluntariado notablemente ocupado y comprometido en otras muchas cosas. Seguramente por ello, no calcula demasiado, sino que siente y entiende la necesidad de actuar como voluntario, porque existe una trayectoria personal que se verifica desde el momento en que tiene oportunidades de llevarla a la práctica en una entidad de voluntariado. Hay inteligencia, sensación, proyecto, acción y ajuste o no a la propia personalidad. Los voluntarios encuadrados en una organización combinan los objetivos personales con los propios de la entidad, de tal modo que comenzamos a conocer datos sobre la mayor o menor acomodación de los intereses personales del voluntario a los propios de la organización en la que actúan (ZUBERO, I., 1996)..

Egoísmo, altruismo, individualismo, comunitarismo, satisfacción, mantenerse en forma vital, etc. pueden darse al mismo tiempo en los voluntarios. Esto quiere decir que nos encontramos ante un conjunto de posibilidades que están por explotar, por desarrollar. Si en Europa se alcanza, en el mejor de los casos, un 30% de personas que prestan servicios como voluntarios, falta todavía por saber si haciendo hincapié en los valores mencionados, y en otros semejantes como de aventura, viajes, posibilidades de conocer cosas diferentes, etc., podemos ampliar el porcentaje anterior. En España, todavía estamos alejados de ese 30% de voluntarios.

Fuentes bibliográficas

ALBERICH, T. (1990). La crisis de los movimientos sociales y asociacionismo de los años noventa. Documentación Social, nº 90.

ANDER-EGG, E. (1988). Voluntariado y desarrollo comunitario. Vitoria: Conferencia de Voluntariado.

BERNARDO, F. (1984). El voluntariado en España. Madrid: Cruz Roja Española.

CALO, J. (1990). ¿ Qué es ser voluntario ? Madrid: Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España, vol. 2.

CAMPO, S. (1993). Tendencias sociales en España. Bilbao: Fundación BBV, vol. 2.

CARTES, L., HERNAN, M. & LÓPEZ, O. (1998). Las organizaciones del voluntariado en España. Madrid: Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.

CASADO, D. (1991). Coordinación de la acción voluntaria. Madrid: Acebo.

CASADO, D. (1994). Acción social y servicios sociales. V Informe sociológico sobre la situación social en España: Sociedad para todos en el año 2000. Madrid: Fundación FOESSA.

LINZ, J. (1970). La realidad asociativa de los españoles. Sociología española de los años 70. Madrid: Confederación Española de Cajas de Ahorros.

RENES, V. (1994). Voluntariado social, incorporación social y solidaridad social: independencia, interdependencia y ambigüedades. Documentación Social, nº 94.

RENES, V., ALFARO, E. & RICCIARDELLI, O. (1994). El voluntariado social.

Madrid: CCS.

RODRÍGUEZ, G. & MONTSERRAT, J. (1996). Las entidades voluntarias en España.

Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.

TEZANOS, J., MONTERO, J. & DIAZ, J. (1996). Tendencias de futuro en la sociedad española. Primer foro sobre tendencias sociales.

Madrid: Sistema.

ZUBERO, I. (1996). El papel del voluntariado en la sociedad actual. Documentación Social, nº 104.